

Unas líneas del traductor

Hace ahora algo más de veinte años que leí por vez primera el texto árabe de *al-Bayt fī Sāḥat ‘Arnūs* («La Casa en la Plaza ‘Arnūs»). Su lectura causó entonces honda sensación en el que suscribe: no solo provocó en mí una sensación contradictoria de amor y tristeza, desasosiego y rabia, de dolor, pero sobre todo de impotencia como la que vive la protagonista —la autora— a lo largo de toda la narración, de principio a fin. El texto consiguió remover en mi interior mi tiempo vivido en Damasco quince años antes de la lectura. Era como volver atrás en el tiempo y reconocer, a través de su lectura, otros tiempos, vividos y no vividos, pero sentidos, compartidos con la autora. Cierto que no viví el Damasco de los días de la autora, pero en cambio pude percibir en sus días un pasado no tan lejano, que si bien desaparecía a pasos agigantados y sin contemplación, sin embargo aún conservaba algo de ese sabor genuino de una ciudad, de unas gentes y de un paisaje incomparables: Damasco y sus habitantes, aunque ya en avanzado estado de aniquilación.

En la novela, que se desarrolla en Damasco, en la casa familiar ubicada en la Plaza Arnús, Samar Attar explora las complejidades de la vida familiar y damascena por medio de las experiencias de los habitantes de la casa y de la autora, que vuelve a ella para pasar una corta temporada tras veinte años viviendo en otros países. *La Casa en la Plaza Arnús* es el retrato de una familia siria de Damasco a mediados del siglo XX, en la que se evidencian las tensiones entre tradición y modernidad, las funciones impuestas a las mujeres, así como los efectos del cambio político en la sociedad damascena en particular y siria en general. A través de los recuerdos de la protagonista, la novela examina temas como el de la identidad, la memoria y la pérdida de ambas en un país en permanente transformación. Con un tono intimista y nostálgico, la 14

novela reivindica la riqueza de la vida cotidiana en la Damasco de su niñez y adolescencia.

Ya desde sus primeras páginas, la novela consigue atrapar el interés del lector absorbiéndolo hasta convertirlo en uno más de la casa: sintiendo, sufriendo, riendo y rechazando o aceptando las mil y una situaciones vividas por la protagonista, pero también por todos los que habitan la casa. Todas esas situaciones, todas las vivencias, no son sino el alma de la casa, el alma del hogar, pues quienes la habitan viven en la casa al igual que la casa vive también en todos ellos. Ambos elementos, la casa y las gentes que la habitan son indisociables. Ambos son elementos indispensables con los que poder entender el hilo de la narración y lo que el texto propone: la descomposición irrefrenable de toda una forma de vida que se extingue, la de la ciudad de Damasco y sus gentes. De una cultura que se ahoga en un mar de contradicciones, las contradicciones entre un pasado que se fue y un futuro que llega, que ante todo desprecia una realidad: su tierra, sus gentes y sus costumbres.

La autora imprime a la narración un ritmo constante que no decrece un ápice, consiguiendo con ello que la novela se convierta en un torrente permanente de sensaciones en el que sobresale la frescura de ideas, imágenes, descripciones y sentimientos. La novela es un luminoso universo de vivencias. Con ellas, la autora no solo pretende rescatar la imagen, la vida de unas gentes y de una casa, sino también las de una ciudad, de un país —del mundo cabría decir— que agoniza como consecuencia del propio veneno que le inoculan sus habitantes, quiero decir: sus prohombres. Más aún: la autora describe las incoherencias de los seres humanos, sus defectos, sus anomalías, sus derrotas, sus miedos, sus fantasmas. *Homo homini lupus est* («el hombre es un lobo para el hombre»), la frase del gran dramaturgo latino

Plauto, que hiciera célebre el filósofo inglés Thomas Hobbes, encaja perfectamente, creemos, con el fondo de la narración, pues somos nosotros, los *Unas líneas del traductor* 15

seres humanos, quienes erramos una y otra vez sin darnos cuenta de ello, aunque afanándonos en persistir en nuestros errores.

Samar Attar nos regala con esta novela un haz de luz más en la siempre rutilante literatura árabe. Repleta de matices, vívidos marcos iconográficos, giros dialógicos rocosos y un constante aluvión de pensamientos renovadores henchidos de una justicia intangible, el texto ofrece al lector un manantial de situaciones y sensaciones que inundan el pecho del lector, arrebatándolo de la indolencia natural para después arrojarlo sin remisión a un pozo del que debe salir por sí mismo: salir a la vida que no siempre sabemos vivir respetando cuanto nos rodea. No se trata de personajes que actúen por sí mismos, que se valgan por ellos; en el fondo, como toda obra de ficción, son seres que se mueven de acuerdo con los sentimientos y deseos vividos por la autora, a su dictado.

Pero esos deseos, esos sentimientos de la autora, no son sino un grito de rebeldía, de libertad, en una sociedad que agoniza por sus propias miserias: la indignancia humana de no reconocer su esencia y sus valores, sus principios y sus costumbres, de no apreciar lo genuino y abandonarse a un progreso inconsciente, desenfrenado e irracional que acabará por ahogar a Damasco. Aunque no solo a Damasco, a Siria también, al mundo árabe, al mundo entero. A eso se debe que la casa del mundo no sea un hogar, sino una casa de mentira, de engaño. ¿No cantaba algo parecido Bob Dylan en 1967 en *The Ballad of Frankie Lee and Judas Priest*?:

«What kind of house is this —he said—

Where I have come to roam?

It's not a house —says Judas Priest—

It's not a house, it's a home».1

1 «¿Qué clase de casa es esta —dijo— / donde he venido a parar? / No es una casa —dice Judas Priest—; no es una casa, es un hogar».16

Una casa de engaños: los engaños de un mundo irremisiblemente destinado a acabar consigo mismo. Todos somos engañados, pero al mismo tiempo somos también nosotros los que nos autoengañamos permanentemente. Es la incoherencia de esta vida, de este mundo finito, de esta sociedad enferma. Por ello, todo carece de sentido si la casa no logra convertirse en un hogar, en un hogar verdadero, pues el hogar es la casa en la que vive el calor que le confieren sus gentes, su amor, su cariño y su comprensión, a fuer de las ruindades y disputas que puedan surgir de vez en vez entre ellos.

La Casa en la Plaza Arnús es el grito desesperado de su autora en busca de una armonía y una belleza que agonizan, un grito que clama sin cesar para recuperar un pasado que irremisiblemente se va y nunca más ha de volver. Pero ella ya es una extraña en su casa y la desaparición de la casa es al propio tiempo el fin de sus gentes y de la autora misma. Es el fin de todos, incluido también el lector.

Juan Pedro Monferrer Sala

Córdoba, en la primavera de 2025

Nota bene: La transliteración de las palabras y expresiones árabes utilizadas en el texto tan solo pretende reflejar, del modo más natural y aproximado posible, la pronunciación árabe. En el caso de la consonante *ǧīm*, en unas ocasiones la hemos transliterado como ‘y’, en otras como ‘ch’.

Agradezco a mis amigos Hani Barbash y Faiad Barbash la foto actual del Palacio Azem de Damasco, que sustituye a una casi invisible del original árabe. 17

Nota sobre la autora

Nacida en Damasco, Siria, Samar al-‘Aṭṭār se licenció en Literaturas Árabe e Inglesa en la Universidad de Damasco. Ya en Canadá, obtuvo una Maestría en Literatura Inglesa en la Universidad de Dalhousie, alcanzado posteriormente el grado de Doctora en Literatura Comparada por la Universidad de Binghamton, Nueva York, en 1973.

Samar Attar cuenta con una extensa e interesante obra en inglés y en árabe en forma de artículos y libros, con publicaciones sobre crítica literaria, traducción, docencia de lenguas, poesía y escritura creativa. En sus obras aborda temas como el exilio, la historia intelectual árabe y la vida de las mujeres en contextos árabes modernos y tradicionales. Entre sus títulos cabe mencionar: *A Journey at Night: Poems by Salah ‘Abd al-Sabur* (El Cairo, 1970), *The Intruder in Modern Drama* (Frankfurt sobre el Meno, 1981), *Modern Arabic: An Introductory Course for Foreign Students* (Beirut, 1988 y 1991), *Līnah: Lawḥat fatāh Dimašqiyyah* (Beirut, 1982) y la versión inglesa realizada por la propia autora como *Lina: A Portrait of a Damascene Girl* (Colorado Springs, 1994), *Khawāṭir min asfal al-‘ālam* («Reflexiones desde lo más hondo del mundo», Sydney, 1999) o *The Vital Roots of European Enlightenment: Ibn Tufayl’s Influence on Modern Western Thought* (Plymouth, 2007).

Su segunda novela, al igual que la primera con una fuerte carga autobiográfica, es *Al-Bayt fī Sāḥat ‘Arnūs* («La Casa en la Plaza Arnús»), publicada por vez primera en Sydney (Australia), en 1988, que cuenta con una segunda edición en 1997 y una versión inglesa obra de la propia autora: *The House on Arnus Square* (Pueblo, Colorado, 1998).

La casa en la Plaza Arnús²¹

Preludio

Hace años que hojeo diccionarios árabes en busca de un término que sea sinónimo de la palabra inglesa *home*; no por nada, sino porque deseaba escribir sobre mi casa damascena, sobre la relación —sólida o frágil— que la unió con quienes la habitaron desde los años cuarenta del pasado siglo. Pero mi intento fracasó, pues no hallé en los diccionarios más que palabras semejantes en significado:

Albait es la morada, ya sea de piel de animal o de barro.

Addar es el lugar y la morada.

Almáskan es la casa y el hogar.

Almáanzil es el lugar donde hacer alto: *addar* o *almáanzil*.

Pero ninguna de estas voces, sin la presencia del ser humano bajo techo, sugiere nada ni posee connotaciones psicológicas; algunas de ellas están fuertemente ligadas a la vida del beduino en el desierto.

Pensé entonces que la definición que el poeta Robert Frost dio a la palabra inglesa *home* no podía servirme de nada. Frost había definido el hogar como el lugar donde los demás están obligados a aceptarte si tienes que ir allí. Y me dije que mi casa árabe carece de un significado particular que despierte calidez, calma o alegría, como lo hace la palabra inglesa *home*. Los angloparlantes distinguen entre las palabras *house* y *home*: la primera indica la casa que habitan las personas, sin que esta tenga un valor especial, mientras que la segunda se refiere a la casa a la que uno pertenece, en la que siente confort y felicidad.

Dado que no soy lingüista, ni creo que haya en la biblioteca árabe diccionarios especializados que refieran la historia del uso de ciertas palabras o los significados que tuvieron en distintas épocas, me vi obligada a suponer que la palabra *bait* 22

y sus sinónimos no adquirieron una dimensión psicológica particular, porque el beduino que me legó esta lengua no conoció el significado de la estabilidad a lo largo de su existencia, pues se desplazaba de un lugar a otro en busca de pasto.

Al principio me sentí irritada por no encontrar una palabra adecuada que se aproximara a *home* en inglés, especialmente al reflexionar cada vez más sobre el tema. Siempre que consultaba los diccionarios en la biblioteca me sorprendían los significados contradictorios que encierra la palabra inglesa. La casa (*the home*) puede ser un lugar donde uno se refugia, o una patria a la que se pertenece, o un asilo al que acuden los ancianos, los locos y los pobres. Pero también puede ser una prisión o un lugar de detención.

En decenas de obras literarias que he leído había referencias a esta *home*, todas contradictorias. Por un lado, la casa aparecía como lugar de peregrinación —La Meca, Roma, Jerusalén, la Casa de Dios, la patria—, pero por otro lado se revelaba su relación con el silencio y la inmovilidad: la casa es la tumba, la celda, es la morada final, el fin del trayecto.

Decidí entonces revisar el Corán para ver cómo se emplea en él la palabra árabe *bait*. Encontré por casualidad en la biblioteca el libro *Concordancia de los términos del Corán*.¹

1 Se trata de una obra del célebre escritor e islamólogo egipcio Muhámmad Fuad Abdelbaqi (1882-1968). En él encontré cincuenta y ocho entradas, aunque más tarde comprendí que el autor había repetido algunas o había dado cifras incorrectas de las azoras. Tras una minuciosa búsqueda, descubrí que el Corán utiliza la palabra *bait* ya sea para indicar la morada de las personas o de la araña, o bien la Casa de Dios. En ambos casos, la casa posee el significado de refugio, aunque difieren en un punto: la casa del ser humano o la de la araña es una casa temporal en un mundo efímero, mientras que la Casa de Dios es sagrada y eterna, en ella está prohibida la guerra, y dentro y fuera de sus muros, tanto el ser humano 23

como el ave encuentran seguridad. Es símbolo de la Ciudad de la Paz, de la nueva Jerusalén, del hogar celestial.

Volví a examinar nuestros pobres diccionarios árabes. Escribí una larga lista de todo lo que aparecía bajo la entrada *bait*: *bait alíbrah*,²

2 «La casa de la calumnia». *ahl al bait*,³

3 «La gente de la casa», en referencia a la familia del profeta Mahoma. *al bait al haram*,⁴

4 «La casa sagrada». *bait al jalá*,⁵

5 «El retrete». *bait al ádad*,⁶

6 «La casa de la literatura». *bait addá*,7

7 «La morada de la enfermedad». *bait arráyul*,8

8 «La casa del hombre». *bait alqasida*,9

9 «El verso del poema». *bait almal*,10

10 «El erario» (lit. «la casa del dinero»). *bait almuna*,11

11 «La despensa» (lit. «la casa de la provisión»). *bait ashsharaf*12

12 «La casa del honor».... Luego encontré en algunos de estos diccionarios la palabra *qabr* (tumba). No hallé sino una sola cita en el diccionario de Edward William Lane,13

13 Orientalista y lexicógrafo británico (1801-1876) que elaboró su diccionario a base material léxico procedente de diccionarios árabes medievales. citando a Abú Zarr:14

14 Uno de los primeros conversos al islam, venerado por la Shía como uno de los cuatro compañeros de Ali ben Abí Tálib (hacia 600-661), el cuarto califa recto. «¿Qué harás cuando muera la gente hasta que el *bait* esté con el esclavo joven?». No encontré en ninguna parte el uso de la palabra *bait* con el significado de prisión. Pero de pronto recordé que en Damasco decimos en dialecto: «Fulano se fue a la casa de su tía», y lo decimos en tono irónico para indicar que ha sido llevado a prisión. También Kázim 24

Addagistani,15

15 Kázim ben Nayib Addagistani (1898-1985), literato e intelectual damasceno. en su libro *Historia de la gran casa siria*,16

16 Tercer y último libro del autor en el que narra los encantos de las casonas sirias. había indicado que esta casa se asemejaba a una gran cárcel, especialmente para sus moradoras femeninas.

Claro que podía haber usado la palabra *dar*. El diccionario árabe dice que *dar* es el lugar que comprende el edificio y el patio, la casa, y también el país; a diferencia de *bait*, que puede indicar una habitación, o simplemente los muros o el lugar donde uno pasa la noche. Pero no quise hacer eso. Nosotros nunca nos referimos a nuestra casa como *dar*, sino como *bait*.

Me convencí —con dificultad— de que el uso que yo hacía de la palabra *bait* juega a mi favor, porque el término árabe no posee connotaciones psicológicas como el vocablo inglés *home*, y si no la uso junto con otra palabra no sugiere ni felicidad ni tristeza. Así pues, pensé que lo mejor era dejar que aquellos que vivieron en mi casa damascena durante más de cuarenta años fuesen quienes definieran el significado de la casa y describieran su relación con ella.

Berlín occidental, abril de 1984 25

Mi casa damascena

Mi casa damascena no era una casa antigua atravesada por uno de los afluentes del Barada,17

17 Es el principal río de Damasco, que nace en el Antilibano. ni colgaban de sus ventanas enredaderas de jazmín. Al emplear la expresión «la casa damascena» acude de inmediato a la mente la imagen de una casa abierta a dos patios: el patio interior con su fuente fluyendo, sus árboles acariciando las ventanas del segundo piso y el patio exterior con su riachuelo y su jardín andalusí. No. No. Mi casa no era damascena en el sentido estricto. No cabe duda de que

mi padre comenzó esa emigración desde la ciudad vieja —con sus casas adosadas y callejuelas estrechas— hacia una zona nueva rodeada de huertos; fue el primero en construir allí un apartamento, sin jardín. Por ello, considero que fueron, en mi opinión, los primeros en cambiar los rasgos de la antigua Damasco, despojándola de lo más bello que poseyó a lo largo de los siglos.

Claro que yo era pequeña y no hablé con ellos sobre esto, ni les di la oportunidad de defenderse. Pero oí de mi hermana Suad que mi padre había construido primero una casa damascena, hasta que vino el ayuntamiento, cuando organizaba la nueva ciudad, y abrió una calle en nuestra zona llevándose consigo una gran parte del jardín de nuestra antigua casa. Entonces, la casa dejó de ser habitable y mi padre se vio obligado a construir la casa en la que nací: una casa sin jardín y sin relación alguna con las antiguas casas damascenas, cuyo espectro me ha acompañado incluso en mis lejanos viajes.

Éramos siete hijos. Tres de nosotros nacieron en una auténtica casa damascena dentro de las murallas de la ciudad antigua; otros tres nacieron en una casa que se parecía a la casa damascena, pero fuera de las murallas; yo fui la única niña que nació en un apartamento moderno, cuya construc26

ción no guardaba vínculo alguno con la arquitectura tradicional de la ciudad. Los tres primeros hijos no conservaron impresión alguna de la antigua Damasco. La tercera niña murió antes de cumplir los pocos meses de edad. Los otros dos niños no permanecieron mucho tiempo en la gran casa, que también albergaba a mis tíos y sus familias, pues en la segunda mitad de los años veinte la familia damascena comenzó a reducirse y mi madre exigió una casa independiente para ella. Además, el bombardeo francés de la ciudad en 1925, durante la revolución siria, llevó a muchos a trasladarse a los nuevos barrios de Assalihía y Almuhayirín. Así comenzó la emigración fuera de las murallas de la ciudad antigua; algunas familias acomodadas empezaron a construir sus casas —tal como hizo mi padre— en medio de huertos repletos de árboles frutales. Desde entonces, la expansión no se ha detenido. Sesenta años después del día en que mi padre dejó la ciudad vieja hasta este mismo momento, los huertos de Damasco desaparecen para siempre, sustituidos por altos edificios horribles y amplias carreteras asfaltadas, aptas para tanques y desfiles militares. El polvo se ha vuelto el aire natural de la ciudad. De nada sirve que uno se bañe cada día, de nada sirve sacudir su ropa cada día, de nada sirve limpiar sus zapatos cada día. Los coches y camiones se multiplicaron y su humo contaminó tanto el aire que mi hermana Bahía ya no tiende las toallas del baño en el balcón, como solía hacer antes. Tampoco puede dejar las ventanas del salón abiertas de par en par, por dos razones: primero, porque el polvo lo invadiría todo; y segundo, porque el ruido le impediría hablar con nadie.

Nunca recordé que nuestra casa fuese sombría. Al contrario, el sol siempre inundaba sus amplias habitaciones. Munib, el joven ingeniero que había estudiado en Francia antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, discutió con mi padre el plano de la casa en los años cuarenta y construyó todas las habitaciones, salvo el comedor, que daba al este. Sin embargo, durante mi última visita descubrí que mi hermana BaMi *casa damascena* 27

hía abría las hojas de las ventanas por la mañana durante media hora para luego volver a cerrarlas, hasta el punto de que la casa ya no parecía una casa en el sentido verdadero, sino una oscura tumba.

Cuando volví a visitar mi casa pasados veinte años, pensé al principio que los cambios sufridos por la zona no eran más que superficiales. Es cierto que las casas antiguas y las pequeñas

tiendas a ambos lados de la plaza habían sido demolidas o incendiadas (los vecinos habían hablado mucho del incendio provocado en los años sesenta. Claro que nadie sabe si fue realmente provocado. Pero entonces se decía que el gobierno quería construir una nueva plaza para darle un nuevo nombre vinculado a algún golpe militar). Sin embargo, muchas de las casas en las cinco calles que daban a mi casa seguían siendo las mismas. Sus habitantes no habían cambiado en todos esos años, aunque las casas habían envejecido, lo cual era previsible, pues la gente en Damasco rara vez redecora las fachadas de sus casas o las pinta. Y sus dueños habían envejecido, les había menguado el cuerpo, habían engordado, y algunos habían muerto por causas naturales o no tan naturales.

Lo primero que me llamó la atención al llegar fue que debía gritar con todas mis fuerzas cuando quería decir algo. Los coches afuera no dejaban de tocar la bocina. Calculé que más de cien coches pasaban bajo las ventanas de mi casa cada cinco minutos. El rugido de los automóviles se mezclaba con el bullicio de las emisoras de radio. El tendero del otro lado de la calle escuchaba la emisora de Israel, el vendedor de pollos sintonizaba Radio Montecarlo y los vecinos por encima de nosotros oían un discurso político en la emisora de Damasco. Todo esto ocurría con nuestras ventanas cerradas. Entonces me dije que lo más sensato era hablar por señas. Recordé la película del director alemán Schlöndorff¹⁸

18 Volker Schlöndorff (1939), cineasta alemán. sobre la guerra civil en Líbano y cómo captó con maestría el ruido del que

hablaba, que parecía no ser exclusivo de la ciudad de Damasco, y me reí. Pero cuando Bahía me preguntó por qué reía, no pude decir nada, porque justo pasaba un coche de policía bajo nuestro balcón haciendo sonar su sirena sin parar.

—«Esto es lo que acabó con nuestros corazones —oyó Bahía con dificultad—. Han importado coches americanos».

Run, run, run, run, run. Los coches aullaban tal como lo oí en la ciudad de Nueva York, cada minuto de la noche, a finales de los sesenta.

Pensé que mi casa había presenciado una gran transformación en un periodo de no más de sesenta años. Estaba rodeada de huertos por todos lados, luego estos desaparecieron poco a poco, el río fue cubierto y los árboles de durazno, albaricoque, naranjo y limón fueron arrancados. La calle fue asfaltada, se abrió una gran plaza y los carreteros empezaron a usarla como estacionamiento, donde ataban a sus caballos. Siempre nos quejábamos del olor a orín y estiércol debajo de nuestro balcón; por eso el ayuntamiento, de vez en cuando, especialmente en los calurosos días de verano, rociaba la calle con agua.

Pero no solo los carreteros dominaban la plaza asfaltada: nuestro barrio, que empezaba a crecer poco a poco, fue testigo de la migración de campesinos de las aldeas cercanas. Los burros se ataban a los postes eléctricos o a los árboles enclenques de las aceras a tempranas horas de la mañana mientras sus dueños distribuían la leche y sus derivados —yogur, mantequilla, queso— al tendero Badr, o frutas y verduras a tres tiendas más. Otros extendían sus puestos en la acera frente a nuestra casa, que era más amplia que las otras. Tal vez no he mencionado anteriormente que nuestra casa daba a cinco calles y los campesinos no podían instalarse frente a las aceras de las tiendas que llevaban al camino de Assalihía, porque eso representaba competencia para los comerciantes, ya que vendían sus productos a menor precio. Las amas de casa preferían en muchas ocasiones comprar, por ejemplo, toma *Mi casa damascena* 29

tes frescos de los campesinos, no tanto porque pagaban cinco francos menos que en las tiendas, sino porque podían escoger lo que querían.

Desde que llegaron los carreteros y campesinos a la plaza, mi madre se quejaba de la suciedad, que no podíamos evitar. Vivíamos en medio de ella cada día. Ya no veía a mi madre tomar café en el balcón. El olor a orín de caballos y burros era insoportable. En la acera de nuestra casa vi de niña degollar pavos y ovejas, sobre todo en los días festivos. La sangre se mezclaba con la orina y el polvo cuando alguno de los campesinos vertía sobre el cemento un balde de agua traído de la cercana fuente de Fiye.¹⁹

19 Fuente del mismo nombre que el manantial de Alfiye, que abastece de agua a Damasco y se encuentra en el valle de Wádi Barada, en una zona montañosa cerca de la frontera libanesa.

No pensé entonces que mi madre sufriera más que todos nosotros este nuevo mundo. Mis hermanos y yo habíamos nacido en una época que no era ni agrícola ni industrial. No habíamos visto a los burros en los campos, sino en las calles asfaltadas; ni a las ovejas ser despellejadas en pueblos polvorientos, sino sobre aceras modernas. Y aunque fuimos conscientes de esas contradicciones históricas y nos reímos de las paradojas que nos rodeaban, las aceptamos sin discusión. Sabíamos que no podíamos cambiar nada. Pero mi madre había nacido en otro mundo, en otra época, en una familia cuyos abuelos eran terratenientes. Creció en un gran palacio, en una auténtica casa damascena. Solo conocía la armonía entre el ser humano y la naturaleza. Su casa estaba cercada y no podía ver lo que ocurría fuera de sus muros. Durante los diecisiete años que vivió con sus padres, entre sus tíos y tías, apenas salió de su palacio, salvo para pasar parte del verano en la casa rural de su padre o asistir a una boda o funeral en otra casa de terratenientes. Su casa era su mundo entero. En ella estudió con grandes eruditos, aprendió a leer, escribir, con³⁰

tar, memorizó poesía y proverbios en una época en la que el analfabetismo era común entre hombres y mujeres. No tenía necesidad de ir al baño público como hacían las señoras de la ciudad en aquel entonces, pues su casa contaba con hermosos baños. Pero aun así iba de vez en cuando con las mujeres del palacio, cuando reservaban el baño del mercado para ellas, como forma de cambiar de ambiente y distraerse. No cabe duda de que su matrimonio con un hombre perteneciente a la clase de los ulemas,²⁰

20 En este contexto: eruditos, doctos. y salir de su gran casa, le abrieron los ojos a un mundo que no había conocido antes. Los pavos no eran degollados ante sus ojos sobre mármol y piedra del patio exterior del palacio, sino que eran servidos rellenos de almendras, nueces y avellanas en platos de porcelana antigua, mientras que la *ashía* —como los damascenos llamaban a la cocinera— se paraba al lado con los cuchillos y tenedores de plata en la mano. El café de la mañana no se tomaba frente al retrete, sino bajo las parras de jazmín... ¡Pobrecita mi madre!

Veía cómo su mundo se derretía como la sal y se afanaba lo imposible por detener el avance. No podía aceptar la fealdad a su alrededor. Creía que la fealdad no tenía relación con la pobreza. Pero con el paso de los años, la amargura inundó su alma y pensó que podía construir un muro imaginario entre nuestra casa y el mundo exterior. La observaba a hurtadillas, compadeciéndola a veces, resentida con ella otras. Pero en el fondo sabía que, aunque nosotros —sus seis hijos— intentamos aceptar las contradicciones históricas que nos rodeaban y comprender la evolución natural de nuestra sociedad, mi madre logró en cierto modo alejarnos de todo lo que quedaba fuera de los límites de nuestra casa. Es cierto que nuestra visión del nuevo mundo era diversa: algunos aceptaban con facilidad el fin de la época feudal,

otros no lo aceptaban; pero todos, sin excepción, seguíamos mirando a los demás con reserva y frialdad, como si les dijéramos: «Nosotros *Mi casa damascena* 31

estamos aquí y vosotros allá. Puede que vivamos en el mismo barrio, que respiremos el mismo polvo, pero eso no significa que tengamos algo en común».

En los años cincuenta disminuyeron las carretas y empezaron a aparecer cada vez más automóviles en las calles de la ciudad. Mi madre esperaba el día en que desaparecieran los caballos de la plaza de nuestra casa para volver al balcón y tomar su taza de café matutina. Por supuesto, no odiaba las carretas ni a sus dueños; de hecho, siempre le gustaba alquilar una y salir con nosotros fuera de la ciudad. Lo único que no quería era que la plaza de nuestra casa se convirtiera en un muladar. Si no hubiera visto a diario a los caballos orinar sobre el asfalto no se habría opuesto a su presencia allí. Nadie le dijo entonces a mi madre que los automóviles y camiones que reemplazarían a las carretas contaminarían el aire en poco tiempo y harían de la plaza de nuestra casa un foco de cáncer pulmonar que se extendería por doquier.

Poco a poco desaparecieron los burros y sus dueños. El bullicio asustó a los campesinos que solían tender en las aceras montones de tomates y calabacines sobre sacos de arpillera. Y apareció otro grupo de gente, aún más desdichado, también venido del campo. Hombres, como siempre, en la flor de la juventud, tendidos bajo nuestro balcón y los balcones vecinos, esperando —a veces hasta el atardecer— que alguien les diese trabajo.

—«Nadie quiere seguir siendo campesino», me dijo Bahía señalando con el dedo a más de veinte hombres tendidos sobre la acera rota frente a la tienda del tendero. Me reí en silencio por lo simple de su conclusión.

—«¿Y qué hacen en los días fríos de invierno?», le pregunté con curiosidad.

—«¿No los has visto aún? Recolectan cajas vacías de cartón (no hay nada que más abunde que la basura en este país) y les prenden fuego. Hace una semana pensé que íbamos a 32

volar por los aires en este barrio. Las lenguas de fuego alcanzaban nuestro balcón», dijo Bahía, con el labio inferior temblando.

Sabía que Bahía —aunque era la oveja negra de la familia— nunca sintió compasión por esos campesinos tendidos en la acera hasta la puesta del sol. Nunca se le ocurrió que el campo ya no podía proporcionar el pan de cada día a ellos ni a sus hijos. Para ella eran algo molesto que convertía la plaza de nuestra casa en un lugar para desocupados, y quizá un foco de delincuencia.

—«Si un coche del ayuntamiento los recogiera y los devolviera a sus aldeas estaríamos aliviados», la oí decir mientras limpiaba por segunda vez el polvo de las ventanas.

Claro que Bahía no necesitaba trabajar para ganarse el pan de cada día. Y daba por hecho que la comida llegaría sola en un plato de plata. Lo importante es que la plaza de nuestra casa se había transformado, durante su vida, de huerto en establo, de mercado ambulante en caravasar donde dormían los holgazanes. No le importaban los factores que habían conducido a ese cambio. Creía que el ayuntamiento era el único responsable de todo. Pero al mismo tiempo sabía perfectamente que quejarse no servía de nada.

—«Cuando rompieron las aceras con el pretexto de reparar el alcantarillado, dejaron la arena y las piedras durante meses bajo nuestro balcón. Y cada vez que iba al ayuntamiento a quejarme, me decían: «*Inshállah*,²¹

21 «Si Dios quiere». mañana arreglaremos la acera —dijo Bahía, camino al baño para lavarse las manos— *inshállah, inshállah*»».

No podía sentarse ni un solo minuto frente a mí, a pesar de que no me había visto en muchos años. Estaba en constante movimiento: limpiaba el polvo, acomodaba los cojines en el diván, vaciaba la chimenea de ceniza y la llenaba de leña, *Mi casa damascena* 33

Llamaba por teléfono a las plomeras o para pedir verduras o frutas, cortaba el pan duro en cuatro partes y lo ponía en bolsas de nailon, respondía al teléfono que no dejaba de sonar, gritaba con todas sus fuerzas a Fátima para que abriera la puerta exterior de vez en cuando. Y Áhmed, el esposo de mi hermana Suad, tocaba el timbre cada sábado y miércoles, trayéndonos algunas de las cosas que necesitábamos, ya fuese comida o bebida. No podía ayudar a Bahía. Si, por ejemplo, limpiaba el polvo, ella venía minutos después y lo limpiaba otra vez, murmurando para sí que no había aprendido nada en el extranjero. Sabía que solo Bahía podía hablarme sobre nuestra casa damascena, pero tenía que conformarme con aquellas breves historias, con frases entrecortadas que me regalaba mientras iba y venía de una habitación a otra. Si la seguía, me gritaba en la cara que el suelo del recibidor que Fátima acababa de lavar no se había secado aún, que lo mejor era que me quedara en la sala durante media hora.

Una vez le pregunté por qué lavaba las naranjas y manzanas y luego secaba cada naranja y cada manzana una por una, pasando más de una hora de pie, moviendo las manos como una máquina en una fábrica.

—¿No sabes que el estiércol cubre las naranjas? —me dijo, exaltada—. Claro, seguro que tú comes de todo. Luego rectificó: —Claro, no vives en Damasco... vienes de visita.

—Ya no hay fruterías. Han abierto calles y plazas. ¿Quién dijo que conseguimos un kilo de naranjas con facilidad?

Entonces recordé que Bahía tenía razón: en los años cincuenta y principios de los sesenta había tiendas a ambos lados de la plaza. El chico del tendero tocaba nuestro timbre cada día cargado de frutas y verduras sobre sus hombros.

Cada sábado y miércoles Áhmed esperaba, detrás de decenas de personas, para comprar un kilo o dos de naranjas y manzanas. «Se fueron los tenderos. Ahora todo está en manos de las instituciones del gobierno. Un día hay plátanos, 34

otro día no hay plátanos», dijo mientras corría a contestar el teléfono.

—«Ya no hay huertos —agregó Fátima, de pie frente a la puerta de la cocina con un balde de agua en la mano—. Todo son edificaciones. ¿Recuerdas los días del albaricoque? ¿El de Hama,22

22 Ciudad situada a orillas del río Orontes, a 213 km al noroeste de Damasco. el local, el *kalabí*?23

23 Una variedad local de albaricoque silvestre que la gente de la Guta de Damasco aprecia para elaborar el célebre cuero de albaricoque (*qámar addin*) y mermeladas. Sí, ya no queda nada...»

La vi entonces poner el balde en el suelo, levantar la mano lentamente y secarse el sudor de la frente. Pensé que «Fattum» no había envejecido como mis hermanos. Es cierto que sus

piernas se habían afinado mucho y ya no podían sostener su robusto cuerpo, pero no había perdido los dientes, su rostro no se había arrugado y su cabello apenas había encanecido. A pesar de su origen campesino, su relación con la tierra era casi inexistente. Su tío la había traído a la ciudad para servir en las casas de otros incluso antes de que le llegara la regla, y los recuerdos sobre la tierra de su padre —donde crecen el trigo, la cebada, la alfalfa, las lentejas y los garbanzos— eran difusos. Durante cuarenta y cuatro años no conoció más que nuestra casa: una casa sin huerto, sin lo que los damascenos llaman *ard eddiyar*.²⁴

24 «El terreno destinado al huerto/jardín de la casa». Nunca se refugió bajo un limonero o un naranjo, ni aspiró la fragancia del jazmín o las lilas. Fátima, la campesina, como todos nosotros, no sabía lo más mínimo sobre la tierra, sus plantas y sus árboles. No recuerdo haber visto jamás en ningún balcón de nuestra casa una maceta con flores. Ella o Bahía, por ignorancia, inundaban las plantas con agua cada mañana y cada tarde. No pasaba un mes sin que estas plantas se marchitaran y murieran. Claro que esto significa que no había flores en nuestro hogar damasce*Mi casa damascena* 35

no. Mi madre siempre compraba lirios, claveles, narcisos y *mudáaf*²⁵

25 Narciso de flor doble.cada vez que pasaba por un florista. Teníamos decenas de jarrones de porcelana china que había heredado de su padre, además de jarras damascenas de cobre con magníficos grabados. No descubrí que algunas de ellas eran fragmentos de bombas alemanas fabricadas en la ciudad de Karlsruhe en 1904 y utilizadas durante la Primera Guerra Mundial hasta hace pocos años, cuando examinaba una de mis jarras damascenas largas e intentaba, con dificultad, leer aquellas palabras en árabe grabadas en el cobre entre palmeras y flores diversas, y de repente, mis ojos distinguieron en la base unas letras latinas. La acerqué a mi rostro y qué sorpresa:

patronenfabrik karlsruhe

1904²⁶

26 Fábrica de municiones Karlsruhe 1904.

No, no. En nuestra casa damascena había muchas flores y muchos jarrones. Abú Salim, el alcalde de la aldea de Mesraba,²⁷

27 Pequeña localidad del distrito de Duma, sita a 10 kms al noreste de Damasco.nos enviaba cada año un saco de rosas damascenas para secarlas y usarlas en nuestros armarios. Cada vez que mi madre abría aquel cofre damasceno incrustado de nácar para sacar nuestras ropas de verano o invierno, el aroma de las rosas se esparcía e inundaba la habitación. También nuestros parientes nos traían, desde sus auténticas casas damascenas, jazmín árabe, lilas y azahar cada vez que nos visitaban. Lo único que quería decir es que nunca sembramos una planta ni una flor con nuestras propias manos. Es cierto que, a diferencia de muchos damascenos, no teníamos *ard diyar* ni jardín, y no podíamos plantar vides, albaricoques ni naranjos en nuestro balcón, pero al menos podríamos haber aprendido a cultivar 36

algo en macetas para hacer nuestro mundo menos feo, para engañarnos un poco y sentir que aún estábamos cerca de la naturaleza. Creo que la razón de ello era que mi madre provenía de una clase aristocrática. Tenía un jardinero en su palacio y campesinos en las tierras que heredó de su padre. Estaba acostumbrada a ver el jardín rebosante de frutos y flores sin saber cómo esa tierra se había convertido en un paraíso. Así, el amor de mi madre por la naturaleza era semejante al amor superficial de un amante por su amada: ve su hermosura y queda

deslumbrado, huele su perfume y se embriaga. Muchas veces pensé que fue su clase social la que influyó en la mentalidad popular y contribuyó, por ende, a crear una modernidad aterradora: casas sin huertos, sin macetas adornando ventanas o balcones, solo porque los miembros de esa clase se negaban a ensuciarse las manos con tierra y querían que otros sembraran para ellos huertos exuberantes. Claro que Bahía tenía algo de razón cuando me dijo: «Hoy nadie quiere seguir siendo campesino».

Mi padre tampoco era mejor que mi madre. Pertenecía a la clase de los eruditos; su mundo era el de los libros. Es cierto que nunca pensó que «hortelano» y «estiércol» fueran sinónimos, pero tampoco creía que cada persona debía ser, al menos en parte, un hortelano. Creía que su lugar estaba en la biblioteca y se sabía de memoria cientos de poemas andalusíes sobre la naturaleza. Por eso no era tan diferente, en mi opinión, de mi madre. Él también amaba la naturaleza, pero no pudo, o tal vez no quiso, convertir nuestra casa en una casa damascena como aquella en la que nació.